

verdad que esas heridas que una mano cruel ha hecho en el templo angusto de tu cuerpo, léjos de afeár ese edificio divino, contribuyen á ornarlo, lo hacen más sólido, más armonioso y más rico de vida; pero el día de tu triunfo y de tu gloria, ¿por qué conservas en tus manos y en tus piés esos signos de ignominia y de dolor? (1). ¡Ah, dice este Salvador lleno de amor, conservo estas señales de mis heridas en interes de los que me las han hecho (2).

San Pablo nos ha explicado este profundo y gran misterio, no ménos glorioso para Jesucristo, que tierno y precioso para nosotros. Acordaos, nos dice, que en el templo de Jerusalem, despues del segundo velo, habia un lugar reservado llamado *Sancta Sanctorum*, donde nadie podia penetrar. En este *Sancta Sanctorum* el Espíritu Santo ha querido figurar el cielo, cerrado ántes de la venida de Jesucristo áun para los hombres más puros y más santos (3). Sólo el gran sacerdote, una vez al año, podia entrar en el *Sancta Sanctorum*, con dos copas llenas de la sangre de las víctimas que habian sido inmoladas en otra parte del templo en presencia del pueblo, ofreciendo por los pecados de éste y por los suyos propios aquella sangre (4). La necesidad en que estaba el gran sacerdote de renovar cada año el mismo sacrificio, sin que por eso la entrada al tabernáculo fuese más accesible á los hombres, era la figura de la triste condicion á que estaban redu-

(1) Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum. (*Zach.*, XIII.)

(2) His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me. (*Zach.*, VIII.)

Nota. Segun San Agustín, Jesucristo ha conservado las cicatrices de sus llagas para hacer reconocer la identidad de su cuerpo, y demostrar que resucitó con el mismo cuerpo con que fué crucificado, dando así á sus discípulos y á nosotros una prueba cierta de su resurreccion.

Segun San Ambrosio, Jesucristo ha conservado las cicatrices de sus llagas como un vencedor conserva y enseña á todos con honor las armas y las enseñas de su victoria.

Segun San Gregorio, para estimular más y más nuestro amor y nuestra confianza en Él.

Segun San Cirilo, para humillar y confundir aún más á los reprobados en el juicio final, dándoles con estas llagas la prueba viva de su amor, á pesar de su monstruosa ingratiud con Él.

(3) Hoc significante Spiritu Sancto nondum pro palatam sanctorum viam. (*Hebr.*, IX.)

(4) In secundo semel in anno solus Pontifex intrabat non sine sanguine, quem offert pro sua et populi ignorantia. (*Ibid.*)

cidos los hombres del antiguo tiempo; y en efecto, prodigaban con gusto los sacrificios más magníficos y más solemnes. Aquellas ofrendas, despues de todo estériles y groseras, no podian santificar al hombre, ni agradar y apaciguar á Dios (1).

Pero, añade el Apóstol, todo ha cambiado ahora, gracias á Jesucristo, porque Él es el Pontífice de los bienes futuros, igual á Dios (2). Una vez entrado en el *Sancta Sanctorum*, llevando consigo el angusto y santo tabernáculo de su cuerpo, nos ha dejado á todos para siempre la entrada abierta, ha consumado la obra de la redencion para la eternidad (3). Inútil es decir que no entró en el *Sancta Sanctorum* construido por Salomon, y simple figura del verdadero *Santo de los Santos*, sino que entró con su cuerpo sagrado en el cielo mismo, para estar allí siempre presente á su divino Padre, en lugar nuestro, con la humanidad que ha tomado con nosotros, para estar allí siempre vivo y en estado de interceder en nuestro favor (4).

Hé aquí, pues, descubierto el misterio de esas llagas que nuestro afectuoso Salvador ha querido conservar áun despues de su resurreccion gloriosa: Jesucristo, que entra en el cielo con esos estigmas sagrados, es el verdadero gran Sacerdote que entraba en el *Sancta Sanctorum* con la sangre de la víctima inmolada; y por el mérito de esas llagas, no solamente abre el cielo á sus fieles, sino que mostrándolas á su Padre, llama continuamente sobre nosotros misericordia, perdon, gracia, proteccion y apoyo.

Jesucristo ha llevado, pues, al cielo el templo de su cuerpo, pero con tales ornamentos, con embellecimiento tal, que el divino Padre no puede dejar de enternecerse á su vista, no puede volver á otra parte sus miradas ni su corazon, sino tenerlos siempre fijos en ese tabernáculo tan puro, tan santo, tan digno de cautivar la atencion, la ternura y el amor de Dios, y de atraer

(1) Quæ parabola est instantis temporis, juxta quam munera et hostiæ offerentur quæ non possunt juxta conscientiam perfectum facere servientem. (*Hebr.*, IX.)

(2) Christus autem assistens Pontifex futurorum bonorum. (*Ibid.*)

(3) Per amplius et perfectius tabernaculum... introivit semel in sancta æterna redemptione inventa. (*Ibid.*)

(4) Non in manufacta sancta Jesus introivit exemplaria verorum, sed in ipsum cælum ut appareat nunc vultui Dei pro nobis. (*Ibid.*)... Semper vivens ad interpellandum pro nobis. (*Ibid.*, VII.)

los efectos de su misericordia y de su bondad. Como no necesita implorar ni obtener esa bondad, esa misericordia para Él, puesto que no necesita, como los demás sacerdotes, indulgencia ni perdón (1), la implora para hacerla descender sobre nosotros. Por nosotros presenta sus sagradas llagas á su Padre (2). Para nosotros solicita misericordia, gracia y perdón, por el mérito de esas llagas; y de este cargo de Intercesor y Abogado nuestro hace su eterna ocupacion, así como en la tierra su ejercicio era la vida de la gracia: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Así, pues, conservando en su santa Humanidad sus llagas sagradas, Jesucristo, según Tertuliano, se muestra el Sacerdote católico, el Sacerdote universal cerca del divino Padre (3). En su cuerpo adorable, como en su verdadero templo, templo de gran precio, de la más insigne belleza, de la más alta dignidad, continúa ofreciendo el sacrificio de su corazón y de todo su ser entre las llamas de su infinito amor; y ese sacrificio será siempre para Dios un sacrificio agradable y de un precio infinito (4).

Jesucristo no se ha contentado con obtenerlo todo para nosotros, sino que, por la resurrección del templo de su cuerpo, ha preparado la restauración del templo de nuestro cuerpo, porque ha querido llamarnos á participar de todos sus privilegios, de todas sus gracias y de su eterna mansión (5).

Por más que Jesucristo haya tenido un cuerpo semejante al nuestro, y de la misma naturaleza que el nuestro, ese cuerpo, tabernáculo el más perfecto, el más noble que nunca hubo, obra maestra del Espíritu Santo, producto inmediato de creación divina (6), y unido sustancialmente como su alma á la Persona divina del Verbo, era un cuerpo divino, y por consecuencia puro, santo, inmaculado, exento de todo fuego de concupiscencia y de toda sombra de pecado. No era el esclavo indócil, sino el herma-

(1) Qui non habet necessitatem quotidie pro suis delictis offerre. (*Hebr.*, VII.)

(2) Ut appareat vultui Dei pro nobis. (*Hebr.*, IX.)

(3) Catholicus Patris sacerdos. (*Tertull.*)

(4) Præcursor pro nobis introibit Jesus secundum ordinem Melchisedech, Pontifex factus in æternum. (*Hebr.*, IX.)

(5) Et ubi sum ego, illic et minister meus erit. (*Joan.*, XII.)

(6) Per amplius et perfectius tabernaculum non manufactum, id est, non hujus creationis. (*Hebr.*, IX.)

no, el compañero fiel de su alma bendita, y el ministro obediente de todas sus voluntades, de todos sus deseos, de todos sus sacrificios, de todas las aspiraciones de su fervor. No teniendo nada que castigar ni que expiar por Sí mismo y en Sí mismo, no estaba sujeto á la muerte ni á la corrupción. Nosotros, al contrario, concebidos de la sangre impura de Adán pecador, concebidos en el pecado por la carne y la voluntad del hombre, tenemos un cuerpo de pecado, un cuerpo infectado hasta la médula de los huesos por el veneno de la concupiscencia, fuente originaria del pecado, un cuerpo que para los hombres más justos y más santos es el asilo y el refugio de la ley funesta de la carne, ley que, en perpétua oposición con la ley del espíritu, nos lleva al desorden del pecado; nuestro cuerpo es, por consecuencia, un cuerpo vicioso en sí mismo y corrompido, y por consiguiente, caduco y mortal. Hé ahí por qué San Pablo nos dice que aun cuando nuestra alma esté viva con la vida de la gracia, que la santifica y la vivifica, el cuerpo es, sin embargo, un templo profanado, destinado á la disolución, á la muerte, y como muerto ya por consecuencia del pecado (1). Lo que quiere decir que es necesario que este cuerpo muera; que este templo sea destruido, arruinado, pulverizado, como castigo por haber servido de receptáculo á la concupiscencia y al pecado; que este edificio de corrupción, infectado, profanado en todas sus partes por una lepra que todos los sacrificios y ritos de la ley antigua no podrían curar, debe necesariamente ser derribado y destruido hasta sus cimientos; que es necesario que el aire funesto, que el germen, que la hierba venenosa que ha surgido en las partes más secretas de esos muros, en el interior de sus columnas, y que se conserva á despecho de todas las precauciones y de todos los esfuerzos del alma penitente, se exhale, salga fuera para la completa disolución de todo: *Corpus quidem mortuum est*.

Pero si conservamos la gracia santificante recibida en el bautismo, ó habiéndola perdido por nuevas faltas, la recobramos por la penitencia, y á la hora de la muerte nos incorporamos á Jesucristo, viviendo de su espíritu, tendremos derecho á resucitar como ha resucitado Jesucristo; el templo de nuestro cuer-

(1) Corpus quidem mortuum est. (*Rom.*, VIII.)

po se levantará de su abyeccion y del polvo á que ha sido reducido por la mano de la muerte ; porque el espíritu de Jesucristo que habrá habitado en nuestra alma, habrá tambien en ella y por ella habitado en nuestro cuerpo (1); y así como el pecado original habia dejado allí un gérmen venenoso de muerte, así tambien ese espíritu divino habrá depositado un gérmen de resurreccion y de vida que no puede ser estéril ni infructuoso, que debe á su tiempo desarrollarse ; y ese espíritu divino tendrá la fuerza de hacer salir intacto de las entrañas de la tierra el templo de nuestro cuerpo, como un lirio revestido de candor celeste, como una flor eternamente odorífera y agradable á los ojos de Dios (2).

Y así se cumplirá la gran palabra anunciada por Jesucristo en el Evangelio. Los hijos de la resurreccion son verdaderos hijos de Dios, y no podrán ya más morir (3).

¡ Palabras llenas de infinita dulzura ! Significan que Dios Padre, con el mismo poder, con el mismo amor que mostró al resucitar el cuerpo sagrado de su divino Hijo, resucitará tambien el nuestro en tanto que esté asociado al de su Hijo por la participacion del mismo espíritu. Nos tratará como ha tratado á su Hijo ; nos dará aún esta muestra de su amor paternal ; imprimirá en nosotros este carácter de filiacion divina ; de manera que nó nos faltará nada para parecer y ser en realidad, en Jesucristo y por Jesucristo, los verdaderos hijos de Dios (4).

San Pablo ha querido hacernos comprender aún mejor esta sublime y consoladora doctrina, diciendo : Tened por cierto que despues que nuestro cuerpo, morada terrestre de nuestra alma, caiga en disolucion bajo los golpes de la muerte, un dia Dios mismo vendrá á reconstruir este miserable edificio de barro, esta innoble tienda de nuestra peregrinacion terrestre, y formará un templo Augusto, sólido, espiritual, celeste, no de fábrica huma-

(1) Qui suscitavit Jesum à mortuis vivificabit et mortalia corpora nostra propter inhabitantem spiritum ejus in nobis. (Rom., VIII.)

(2) Justus germinabit sicut lilium et florebit in æternum ante Dominum.

(3) Neque enim ultra mori poterunt : æquales enim angelis sunt et filii sunt Dei cum sint filii resurrectionis. (Luc., XX.)

(4) Qui suscitavit Jesum à mortuis vivificabit mortalia corpora nostra. (Rom., VIII.) Ut filii Dei nominemur et simus. (I, Joan., III.)

na, sino de divina estructura, que no deberá nada al hombre, sino todo á Dios, su estructura, sus proporciones, su belleza, su duracion eterna (1).

Notad esta expresion, *non manufactum*, que no será la obra de la mano de los hombres. Es la misma expresion que el gran Apóstol ha empleado al hablar del cuerpo de Jesucristo, que llama Tabernáculo no hecho por la mano del hombre : *Tabernaculum non manufactum*. Lo que significa que, así como el cuerpo del Salvador no debió á la sangre pura de María más que la materia de que fué formado, recibiendo de Dios, inmediatamente de Dios, su estructura admirable, así el cuerpo de los justos no deberá á su antiguo polvo más que los materiales de su reedificacion ; pero en cuanto á su nueva forma, la recibirán inmediatamente de Dios : *Ædificationem non manufactam*.

Por eso cuando Dios haga de nuevo el barro de nuestro cuerpo, ántes humillado por la mano de la muerte (2), operará en cierta manera para sus hijos adoptivos, nuevamente nacidos á la inmortalidad, el mismo prodigio que operó en la encarnacion de su Hijo consustancial ; y así se verificará la palabra del Evangelio : que en la manera inefable como Dios nos resucite, se reconocerá que es nuestro tierno Padre y que nosotros somos verdaderamente sus hijos bien amados : *Filii sunt Dei, cum sint filii resurrectionis*.

¿ Y cómo podria tratar nuestro cuerpo de otra manera que el cuerpo de su Hijo, cuando en nuestros restos mortales encuentre las huellas de su adorable Hijo ? Sí, puesto que habrémos participado del espíritu de su Hijo, participaremos tambien de la condicion gloriosa y de los privilegios de su carne, y comprendidos con Él en el amor de Dios Padre, resucitarémos con el Hijo y por el Hijo (3).

Pero no participarémos de este gran misterio del poder y del amor de un Dios, sino en tanto que nuestro cuerpo, durante esta

(1) Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus domum non manufactam æternam in cœlis. (II, Cor., v.)

(2) Reformabit corpus humilitatis nostræ. (Philipp., III.)

(3) Qui suscitavit Jesum Christum à mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra propter inhabitantem spiritum ejus in vobis. (Rom., VIII.)

miserable vida, haya sido tambien un templo digno de la Divinidad, un templo santo (1). Hé ahí por qué San Pablo nos invita á que hagamos de manera, por la humildad de nuestro espíritu, por la sinceridad de nuestro corazón, por el fervor de nuestra oración, por la generosidad de nuestro desprendimiento, por la santidad de nuestras obras, por el ejercicio de nuestra caridad, por la edificación exterior de nuestra conducta, que Dios resida con complacencia en nosotros, y que la frágil arcilla de nuestro cuerpo llegue á ser como un templo portátil donde abunde para nosotros la gracia divina y donde Dios se digne hacer reposar su gloria (2).

Dichosos, mil veces dichosos los verdaderos hijos de la Iglesia, los verdaderos discípulos de Jesucristo, que se ligan inseparablemente á su fe, observan religiosamente sus preceptos, conservan inalterable su doctrina, frecuentan sus sacramentos, practican con valor la penitencia y la mortificación, imitan fielmente sus ejemplos, se entregan frecuentemente á la meditación de los divinos misterios, al ejercicio de la oración y á la alabanza de Dios. Esos llevan en sí mismos verdaderamente á Dios. Su cuerpo es un verdadero templo donde Dios reside con complacencia, donde derrama con abundancia su gracia, donde se deleita con amor; porque en ese templo vivo, el alma, haciendo las funciones de sacerdote, no solamente ofrece á Dios el continuo sacrificio de sus afecciones, de sus deseos, de sus pasiones, no solamente le ofrece el culto en espíritu y en verdad que puede honrarle, sino que le manifiesta y le hace conocer en ese templo santificado por la castidad, ornado por la modestia, embellecido por el pudor, santificado por la mortificación, guardado por la vigilancia, ornado por la gracia, enriquecido por el mérito de todas las virtudes, iluminado por la fe, con el ardor de la caridad, sin cesar purificado por la mortificación, lavado por las lágrimas del arrepentimiento en la sangre divina, santificado por la Eucaristía. Sí, Dios habita allí como en un trono de gloria; sí, Dios, me atrevo á decirlo, por esa criatura tan vil, tan innoble, tan miserable en sí misma, pero ennoblecida por la participación en el sacerdocio de Jesucristo, es honrado en Dios, glorifi-

(1) Templum Dei sanctum est quod estis vos. (I, Cor., III.)

(2) Glorificate et portate Deum in corpore vestro. (I, Cor., VI.)

cado en Dios, de la sola manera que conviene á Dios, que sea digna de Dios, y que es la santidad (1).

¡Dichosas, mil veces dichosas las almas cristianas! Tambien podeis, con una santa confianza, con un noble orgullo, con un majestuoso desprecio, con una soberana indiferencia decir á las pasiones, á las enfermedades, á la muerte: Conjuraos para abreviar mis dias. Quitadme esta miserable vida. Devolved este edificio de polvo al elemento de que está compuesto: *Solvite templum hoc!* Yo sé con certeza que este templo, donde yo he llevado á Dios, he honrado á Dios, donde Dios se ha dignado habitar, complacerse y glorificarse, no será siempre entregado á la corrupción y al desprecio. Ese Dios de bondad, al habitarlo, ha depositado un germen precioso, y me atrevo á prometerme, en virtud y con la ayuda del espíritu de Jesucristo, volver á tomar un dia este cuerpo ornado de las mismas cualidades gloriosas que el santísimo cuerpo de Jesucristo, á saber, de la sublimidad, de la agilidad, de la claridad, de la impasibilidad. Yo mismo, por Jesucristo y en Jesucristo, levantaré este templo que en vano habréis derribado. Todo lo que hagais, todos los esfuerzos de vuestra crueldad contra mí, serán impotentes para destruirme; las penitencias, las mortificaciones, no harán más que acrecentar mi gloria, la felicidad de mi triunfo. Los tormentos, los martirios no podrán impedir que, despues de volver á tomar de la tierra mi cuerpo glorioso, vivo, inmortal, impasible, lleve este precioso tabernáculo á los cielos, para continuar en este cuerpo, en el seno de la gloria y del amor perfecto, el sacrificio interior que ahora ofrezco á Dios en el tiempo para continuarlo en la eternidad: *Solvite templum hoc!* ¡Tú no podrias, muerte, infundirme miedo! ¡Tiranos, vosotros los que querriais por los tormentos del cuerpo arrancarme del corazón la fe y el amor de Dios, no os temo! Allí donde acaba vuestro poder, empieza el mio, porque Dios ha puesto á mi disposición su espíritu, y por consecuencia su poder. Mi alma, sin obstáculo, sin resistencia, ejercerá su eterno sacerdocio en presencia de Dios por una misteriosa y continua inundación de amor, y ésa será su felicidad: *Solvite templum hoc..... et excitabo illud!*

(1) Domum tuam decet sanctitudo. (Ps. XCII.)

¡Magnífica teología! ¡Sublime doctrina! ¡Profundas razones!
¡Armonías inefables de los misterios cristianos!

SEGUNDO PUNTO. Hemos visto cómo, unido al cuerpo de Jesucristo, el cuerpo del cristiano es también verdaderamente un edificio sagrado, un templo de Dios, un tabernáculo del Espíritu Santo (1).

Y en efecto, así como los templos materiales se consagran al culto divino por abluciones, por la unción de la santa crisma y por la Eucaristía, así también el templo vivo de nuestro cuerpo ha sido consagrado por el bautismo, por la santa crisma y por la comunión.

Esto nos hace comprender que la impureza, el pecado propio en particular del cuerpo, que por infiel no es más que un simple pecado, es además para el cristiano una verdadera profanación, un verdadero sacrilegio.

Sí, el templo de nuestro cuerpo ha sido con el bautismo lavado en la sangre de Jesucristo (2). Al llegar á ser miembro de su cuerpo, ha sido elevado al insigne honor de ser alguna cosa de ese templo adorable. ¡Qué crimen no es, pues, decía San Pablo con santa indignación, qué horror, que un cristiano impúdico, hasta el grado de los instintos ciegos de la concupiscencia, prostituya un cuerpo que Jesucristo, por su propia sangre, ha dedicado á su gloria, á su culto, y que se atreva á profanar, no solamente sus propios miembros, sino aún los de Jesucristo, haciéndoles servir á la iniquidad y rebajándolos hasta hacer un mismo cuerpo con el objeto infame de su pasión! (3).

Nosotros hemos sido consagrados por el óleo santo y por la bendición de la santa crisma; hemos sido marcados con el sello de la fe. La unción santa ha descendido sobre nuestra frente. Al imponernos las manos se nos ha hecho comprender que desde aquel instante éramos templos de la gracia de Jesucristo. ¿Qué crimen no es, pues, entregarse al cinismo de los más escandalosos desórdenes, y no respetar ni el fuego del infierno?

En fin, ¿no hemos recibido una consagración especial por la

(1) Templum Dei sanctum est quod estis vos. (1, Cor., III.) Membra vestra templum sunt Spiritus Sancti. (Ibid., VI.)

(2) Ipse lavabit nos in sanguine suo. (Apoc., I.)

(3) Quid adhæret meretrici unum corpus efficitur. Tollens ergo membra Christi faciam membra meretricis. (1, Cor., VI.)

comunión eucarística? Por esta comunión, Jesucristo no está solamente en nosotros como en el templo material, sino unido á nosotros, identificado con nosotros; circula su sangre por nuestras venas, se une y se confunde con la nuestra. ¿Qué crimen no es hacer pasar el veneno de la corrupción y de la muerte por los labios que acaban de beber la sangre del Cordero divino, y prostituir una carne santificada por el contacto de la carne virginal del Hijo de Dios? ¿No nos llenaríamos de horror y de indignación si cualquiera en presencia nuestra profanase el tabernáculo, el santo copón y el cáliz donde reside Jesucristo? Pues la sangre, la carne que hemos recibido por la comunión eucarística, son las mismas que habían estado en los vasos sagrados, y nosotros, á nuestra vez, nos convertimos en otros vasos sagrados, en otros tabernáculos. El altar de piedra donde reside Jesucristo no es ciertamente más sagrado que nuestro cuerpo, donde ese mismo Jesucristo reposa. ¿Qué crimen no es, pues, qué horror, qué infamia, hacer servir esos tabernáculos, esos vasos sagrados, no para nuestra propia mesa, como hizo el impío Baltasar, sino para los desarreglos más indignos, más vergonzosos, más viles?

No solamente el impúdico profana el templo de su propio cuerpo, sino que arroja de él al verdadero Dios, é introduce al dios de la voluptuosidad, al dios de la carne, al espíritu impuro; le ofrece sus adoraciones y su amor, le inmola como víctimas sus afecciones, su propio corazón, su alma, y así, según el sólido y justo pensamiento de Tertuliano, la impureza tiene con la idolatría una estrecha afinidad (1).

¡Cuerpo del cristiano envilecido, degradado hasta ser la pagoda, el *delubrum* de un ídolo infame! ¡Profanación, sacrilegio! El hombre púdico lleva á Dios en su propio cuerpo; el impúdico lleva al demonio.

Pero, ¡ay! ¡cómo se cumplen las amenazas contra los profanadores de su templo inanimado, de su templo de piedra, más rigurosamente contra aquellos que profanan sus propios cuerpos! « Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo pierde » (2). Vanamente el alma, cuyos instintos impiden poder resignarse á vi-

(1) *Mœchia affinis idolatriæ.* (Tertull.)

(2) Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. (1, Cor., III.)

vir sin honor, cuando se ha debilitado contra el vicio, procura atenuar el horror del libertinaje, lo justifica, lo canoniza para tener el derecho de adorarle, hasta tal punto, que hoy se ve al profanador de los juramentos más sagrados, al violador del santuario doméstico, al adúltero marchar con la cabeza levantada y la frente sin pudor. Vanamente el mundo en perfecta oposicion sobre este punto con el Evangelio, intenta ennoblecer ese vicio con los nombres de debilidad y galantería, y procura honrar el deshonor mismo; al querer borrar la infamia, no ha podido paralizar sus tristes efectos; al hacerla comun entre los hombres, no ha podido hacerla más tolerable y más inocente á los ojos de Dios; al querer borrar el horror, no ha podido amenguar los castigos. Dios no lo castigará ménos severamente porque se encuentre en todas las clases; porque haya infestado las ciudades enteras, no será ménos la grande llaga de la civilizaci6n moderna, el abismo sin fondo donde tantas existencias van á perderse, y que se opone al nacimiento de tantas otras; no será ménos el destructor de las familias y de las dinastías que van extiguiéndose diariamente heridas por una culpable esterilidad, el gran enemigo de la salud y de la moral pública, la gran tea de la sociedad.

¡Ay! Es demasiado verdad; ese vicio lleva consigo desde este mundo su castigo. Los hábitos voluptuosos degradan la inteligencia, corrompen la imaginacion, confunden el alma en la materia, le quitan su vigor y su fecundidad. Por eso, cuando la mitología pagana nos ha pintado las impúdicas divinidades del paganismo cambiadas en bestias brutas, segun la bella observacion de Clemente de Alejandría, en esas horribles ficciones, en esas humillantes metamorfosis, ha expresado una verdad, ¡ay! demasiado comun, y es que la impureza borra en los más grandes genios las más brillantes cualidades y todo lo que tenian de noble, de elevado y de divino.

.....

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES ITALIANOS

PARA LA HOMILÍA TREINTA Y TRES.

Creemos deber recordar á nuestros lectores que esta cuaresma, compuesta de prisa y en poco tiempo, habia quedado incompleta hasta la muerte del autor, que no quería publicarla sino despues de haberla desenvuelto más ampliamente y revisado con más cuidado. Por eso, si mucho trabajo ha costado recoger y coordinar entre sí las hojas sueltas, se ha necesitado más para poner en orden, con riesgo de equivocarse, este último sermon, que escrito por fragmentos en hojas sueltas sin paginacion ni números de orden, más que un discurso seguido parecia un conjunto de materiales arrojados acá y allá para venir á formar el todo de un sermon que debia ser más completo y más acabado. La poca conexi6n de las partes y la excesiva extension del todo, encuentra su origen en este mismo hecho, á la vez que lo explica y lo prueba. Á pesar de esto, el compilador se ha abstenido de añadir nada suyo, concretándose únicamente á disponer los materiales en el orden que le ha parecido más conveniente.